

Omnes consentiunt humanam rationem, si a divina fidei auctoritate discesserit, dubitationum fluctibus et praesentissimis errorum periculis esse propositam; haec autem pericula facile evassuram, si ad catholicam philosophiam homines perfrugerint.

Carta de S. S. el Sr. Leon XIII al Eminentísimo Cardinal DE LUCA, PREFECTO de la Sagrada Congregacion de Estudios.

ILLMO. SEÑOR,

SEÑORES:

POR mucho que sea el amor con que nos juzguemos á nosotros mismos, y por pertinaz que haya llegado á ser nuestro optimismo, no podemos ménos que confesar que son graves y apremiantes los males que afligen á las naciones en la edad presente. La autoridad, perdido su prestigio, no alcanza ya á reprimir; las ambiciones sobreexcitadas tienen á las sociedades en continua efervescencia; la honrada mediocridad, celebrada por los poetas antiguos, y tan deseada de nuestros padres, es vista con desprecio por la codicia de hoy, que lo quiere todo para sí, y en los más se queda sin nada; las concupiscencias ya muertas de los pueblos paganos, resucitadas hoy, apénas dejan con vida al pudor cristiano; las ciencias, poniendo á discusion los princi-

pios, se han herido de muerte, y han hecho bambolear todos los órdenes; las antiguas y arraigadas tradiciones, no son ya baluarte seguro contra la manía de innovar; un espíritu de inquietud, de mudanza y de vértigo se ha apoderado de los hijos de Adán, más bullente que el vapor, más inconstante que la electricidad, que nos desazona y nos trabaja sin descanso; el mundo parece hallarse en los paroxismos de la agonía; y no sé qué rumores fatídicos, apocalípticos, parecen anunciar á los espíritus reflexivos el fin próximo de todo lo humano.

El que no vea todo ésto, está ciego; y lo que debemos buscar no es la prueba inútil de males palpables, sino el remedio de ellos, si acaso le hay.

Tambien le ha buscado, y ántes que nosotros, el Pontífice del pueblo católico, el Rey de las almas, el hombre que más ama al género humano, y que se halla por su excelso ministerio más cercano que otro cualquiera á las alturas de Dios. Y considerando que la fé es lo que nos puede únicamente salvar, y que la fé es un don gratuito de Dios, y que el hombre lo más que puede hacer para recibirle es prepararse, como la flor no puede hacer más por que descienda el rocío del cielo, que abrirse y esperarle, entre estas preparaciones humanas que retienen ó llaman al don salvador, la más adecuada, segun su juicio soberano, es el estudio de la verdadera ciencia, es de-

cir, de la filosofía cristiana, bajo la dirección de Santo Tomás.

Pensar que en el mundo actual no hay mal ninguno, ó que los males que existen son de poca monta, es, Señores, una insensatez: creer que no tienen remedio alguno, es casi una impiedad. Buscar otro remedio que no sea la fé, no es cristiano: y para llamar la fé que se va, y para conservarla ya venida, pensar en otro recurso que excluya el estudio de la verdadera ciencia, no es del espíritu católico, despues que el Jefe de la Iglesia ha sido tan explícito.

Luego debemos empeñarnos en estudiar, en enseñar y en vulgarizar, si es posible, la Filosofía de Sto. Tomás; por amor al órden, á la justicia, al bien, á la humanidad y á nosotros mismos. ¿Quién nos sostendrá en este empeño? ¿Quién nos alentará en este trabajo? La voz del Pontífice ántes que todo. Mas como quiera que la palabra del Papa no por ser suya satisfará á todos, y que en nosotros mismos la convicción será más profunda, y el propósito más eficaz, si procuramos penetrar toda la profundidad de aquella afirmación, y descubrir y poner á la vista las bases sólidas en que se sustenta, debemos procurarlo humildemente; y este será, Señores, en esta vez, todo mi designio.

Conviene ante todo dejar asentado que el remedio de que se trata debe de ser una doctrina.

El mal está hoy, como ayer y como siempre, radicalmente en las doctrinas.

Todo interés que se busca, toda pasión que se sigue, tiende el hombre á convertirle en doctrina; porque no siendo él mismo hombre, sino en cuanto participa de la razón, nada es humano sino lo que ha pasado por el juicio de la razón.

La razón todo lo eleva con su contacto, y el hombre implora su juicio aún adverso para ennoblecér sus errores y sus caprichos, convirtiéndolos en doctrinas. Esta gloria doctrinal ha cubierto desde los más remotos siglos todas las aberraciones y todos los excesos; y hasta las abominaciones más vergonzosas han subido á las cátedras, desde donde un magisterio seguido aunque deshonorado, ha podido hacerse oír, proponiéndolas, cubiertas con los immaculados velos de la verdad, á la inteligencia.

Así ha pasado en nuestro siglo: y puede asegurarse que no hay en él crimen que no aspire á ser un error, para subir, siquiera sea por sendas extraviadas, á las respetadas alturas de la doctrina. Y como sólo una doctrina puede oponerse á otra, claro está, Señores, que el remedio que se oponga á los males presentes, ha de ser necesariamente una doctrina.

Más todavía: ha de ser una doctrina científica, y no simplemente dogmática, la que se oponga á los errores modernos. La forma científica da el úl-

timo sello, y corona por completo á una doctrina. Miéntras no sea una ciencia; miéntras no ofrezca á la inteligencia, para subir por ella, la escala gloriosa de los principios; miéntras no prometa á la mente aquel placer altísimo tan buscado por ella, de ver las cosas desde sus causas, y las verdades desde sus principios, estad seguros de que una doctrina, por verdadera que fuese, pasaria por el cielo como un meteoro, pero no permanecería en él como un astro.

La misma doctrina de Cristo no hubiera podido permanecer en la tierra, si su mismo divino Fundador no la hubiera dotado de una naturaleza científica, para que el hombre pudiera apropiarse su elemento divino, convirtiéndole en ciencia, que es la forma natural de los conocimientos humanos. Encarnado en la naturaleza, el Verbo es Cristo, Hombre Dios; encarnado en la sociedad, es la Iglesia, humana y divina; encarnado en los conocimientos, es la Teología, ciencia y fé, conocimiento humano y vision divina. Para que todo pudiera ser asumido y regenerado por Él: un Adan por otro Adan, una sociedad por otra, una ciencia por otra ciencia. Y en estas inefables uniones, el elemento divino no destruye, aunque eleva y sublima al elemento humano. En Cristo, Adan se hace divino sin dejar de ser hombre; en la Iglesia, la sociedad se diviniza tambien sin perder nada de lo que tiene del hombre; en la Teología, la ciencia se asemeja á la del

cielo, á la de Dios mismo, sin dejar de ser ciencia humana, es decir, Filosofía.

Por aquí veis, Señores, que Dios, tocado de la locura inefable del amor, colocó su divinidad en las miserias de un hombre; colocó su fuerza, su luz y su estabilidad entre las pasiones de una sociedad de hombres; y como la semilla en un campo, así arrojó su ciencia entre los azares de las discusiones humanas. Desde entónces, por un hombre pudo irse á Dios; por una sociedad humana, á la sociedad divina; por la Filosofía, á la Teología y á la fé.

Los Padres de la Iglesia, padres tambien de la Filosofía y de la ciencia; herederos de Moisés y de Salomon, por una parte, y por otra de Sócrates, de Platon y de Aristóteles; descendientes en el conocimiento de la verdad, del pueblo profético y del pueblo filosófico, no temieron asegurar que lo que fué la revelacion para el pueblo judío, fué, aunque en menor grado, la Filosofía para el pueblo griego y para los otros: una preparacion para el Evangelio, una luz aurora de otra luz, la luz que dice San Juan que alumbra á todo hombre, y le prepara para recibir la luz perfecta y plena del Verbo Divino. Como el emperador Constantino se llamaba el obispo de afuera, así los filósofos son los predicadores de afuera, es decir, del átrio y del pórtico, miéntras los Apóstoles y los Docto-

res predicán en el interior del santuario: los unos abren las puertas, los otros enseñan á los iniciados los misterios del Templo. Salomon, más atrevido que otro alguno, llamó á las ciencias humanas, siervas y criadas de la ciencia divina, quien las mandó, dice, á las puertas y á las almenas de su palacio, á que convidasen á todos á entrar, y á sentarse á su mesa. *Missit ancillas suas ut vocarent ad arcem, et ad maenia civitatis.*

Así es Señores, así debió ser la Filosofía; pero, ¿es así la ciencia moderna? Y no la llamo Filosofía, porque ella misma es la primera en desdeñar y en apartar de sí ese nombre sagrado. Filosofía, ya lo sabeis, es el amor de la sabiduría; y tal es el nombre que la modestia de los sabios antiguos quizo dar á la ciencia del universo, del hombre y de Dios. Pero en su humildad, ese nombre lo abrazaba todo: el amor no distingue, busca á su objeto de cualquiera playa que venga: y si la sabiduría era el objeto del amor que aquel nombre designaba, habia que buscarla por la tierra y por los abismos; pero no habia que desdeñarla cuando descendiese del cielo.

La ciencia moderna, creando un antagonismo entre ella y la Teología, se ha truncado; se ha cerrado la entrada á las regiones del verdadero cielo, y se ha reducido á la tierra. La Teología á su vez, si se opone á la ciencia moderna, si es su enemiga, sólo es ésto, Señores, porque desea

completarla, romper los lazos con que voluntariamente se aprisiona, darle alas para que vuele, convertir en ángel al réptil que se arrastra, y despues de acompañarla en sus investigaciones terrenas, llevarla como amiga y como hermana á las regiones más altas del espíritu, y de la luz inteligible. Y la ciencia moderna no lo consiente. Arrastrada por la voluptuosidad de la degradacion, y ébria con el triste placer de envilecerse, prefiere á todo la dicha y la dignidad del polvo, y semejante á una muger caprichosa, ántes que buscar una fortuna más alta, cierra sus ojos para no verla, tapa sus orejas para no oírla, y tomando por razon este esfuerzo de necedad, la niega resueltamente.

¡Ojalá que lo que digo fuera una vana declamacion! pero es por desgracia la verdad. El hombre moderno ha realizado adelantos prodigiosos que los siglos pasados tuvieron la desgracia de no ver, y que nosotros, los amantes de la filosofia cristiana, proclamamos con entusiasmo. Bajo sus piés, yacia profundo y negro el abismo de la tierra; y el hombre, con pié firme y corazon impávido, le ha explorado. Sobre su cabeza extiende sus senos infinitos otro abismo azulado, purpurado, centellante, poblado de mundos; y él, pigmeo atrevido, hormiga inteligente, átomo que piensa, embarcado en ese mar sin orillas en un grano de arena con una gota de agua,

le ha sondeado. Ha dado citas para siglos á los astros, y ellos han acudido puntuales á la cita del hombre. La materia del mundo era antes su tirana, y es hoy su esclava. No contento con las memorias antiguas del pasado guardadas en los bronce, los granitos, los papiros y los pergaminos, ha querido leer en las entrañas mismas del globo, y de aquellos archivos polvorientos, escritos por la mano de la naturaleza en su primer dia, ha sacado la historia del mundo. Ha compuesto una ciencia de las plantas y de las flores, fresca, lozana, casi aromática como ellas. Se ha apoderado del iris, y ha demostrado con él que tenia elementos la luz, que parecia un elemento: y siguiéndola incansable en todas sus quiebras y juegos fugaces, le ha probado que llevaba en su seno otra luz más ágil y más precisa que ella. El vapor era una nube, una ilusion que se desvanecia; él le llamó, y el vapor tomó cuerpo de hierro para servirle, y voz de rugido para responderle. La electricidad, especie de fluido nervioso del mundo, le aterraba á las veces con súbitos sacudimientos; él, rey del universo, extendió su mano para acariciar al monstruo, y ya desarmado, le entregó por entretenimiento á sus hijos: el leon que rugia, se refugió á los piés de los niños, arrullando como una paloma!

Frente á frente de tantas grandezas, yo, hijo de este siglo, confieso, Señores, que me siento

tentado á envidiarlas para mi héroe de hoy. Quisiera haber podido sacar á Santo Tomás de la oscuridad de los templos, y de la média luz de las bibliotecas, para poner en sus manos la balanza, el teodolito ó el telescopio. ¿Qué hubiera sido él en este siglo? ¿Creeis, Señores, que hubiera despreciado su ciencia por la vuestra? ¿O temeis al contrario que, teniendo en nada nuestros descubrimientos, hubiera continuado su génio el vuelo desdeñoso, sin tenerlos para nada en cuenta? ¿Tan poco valdria á sus ojos la ciencia del mundo físico, que debe ser, segun él, el primero de nuestros conocimientos? Él, que supo aprovecharse de los escasos conocimientos físicos de su tiempo, que les depuró y les exprimió, para sacar de ellos cuanta verdad contenian, ¿sólo hubiera sido injusto para la ciencia de hoy? Hagámosle justicia. Él, el Teólogo príncipe, hubiera abrazado á esa ciencia como á una hija querida, y sentada sobre sus rodillas, la habria preguntado todo lo que sabia. Él, el filósofo ardiente, la habria admirado; y de rodillas, delante de ella, habria escuchado sus oráculos. Él, el hombre de corazon puro, y por puro, tierno y delicado, habria gozado con ella más que nosotros, la habria comprendido mejor, y hubiera tenido para ella himnos y lágrimas de gozo. Él, el fervoroso creyente, la hubiera convertido en oraciones, en alabanzas y en acciones de gracias al Dios Creador de tantas maravillas, dador de

tan espléndidos dones! Pero no se habría contentado con ella como nosotros: la habría contemplado como el pórtico, no como el palacio; como el vestíbulo, y no como el templo; como el escalon, no como la altura; y apoyando en ella su pié vencedor, desde el borde del universo visible, habría volado á otros astros y á otros cielos, á que no alcanza sino la inteligencia; y desde allí, ángel incansable, se hubiera sumergido en aquellos abismos, á que no llega más que la fé!

Por esta causa, á pesar de su inmensa extension, afirmo que la ciencia moderna es incompleta, porque se ha dejado absorber toda por la ciencia física. No ganando, sino perdiendo; no acopiando materiales nuevos, junto con los antiguos, sino excluyendo muchos, y los mejores y más altos, ha llegado á no ser más que física.

No nos oponemos, Señores, á esta ciencia, ni mucho ménos la despreciamos; decimos simplemente que lo ha invadido todo, con perjuicio de sus hermanas, más nobles y más dignas que ella. La ciencia del universo se ha hecho física pura, cuando ántes que todo debía ser matemática, y sobre todo, debía ser metafísica. No hay ciencia de cosas individuales; y generalizando en el conocimiento de los cuerpos, se hallan todos sujetos, á pesar de sus mil cambios, á la ley del número, de la cantidad, y del movimiento. Al llegar á estas alturas, y no ántes, es

cuando asciende la Física á la categoría de ciencia; es decir, cuando es abstracta, y de consiguiente metafísica. Porque no hay ciencia donde no hay principios; no hay principios donde no hay generalizacion; no hay generalizacion donde no hay abstraccion. La ciencia más abstracta es de consiguiente la más perfecta; y cuando todas tienden á abstraer para perfeccionarse y elevarse, la Física de hoy, que no es ya la ciencia de Newton ni de Descartes, trabaja por excluir de su seno hasta donde puede, toda idea, toda nocion general, para quedarse con simples hechos individuales, muy curiosos, muy exquisitos, pero que no merecen el nombre, ni tienen la nobleza de la ciencia. El cálculo mismo, ese artificio riguroso, ese raciocinio escrito, lo desdeña la Física que de él nació, y no recurre á él sino cuando no tiene á la mano algun aparato ligero y flamante con que hablar á los sentidos y á la imaginacion, en vez de dirigirse á la inteligencia.

Y nace de aquí, y es una de las más funestas consecuencias de este sistema, la confusion³ de estas facultades que acabo de nombrar. El sentido, la imaginacion, la inteligencia: estas son las únicas facultades que el hombre ha recibido para conocer la verdad: y su distincion es trascendental, como quiera que lleva consigo la distincion de séres de muy diversa naturaleza. El ángel es inteligencia pura, sin imaginacion y sin